

inspirado á los observadores imparciales ingleses en sus relaciones personales completa confianza (1). Estos observadores le atribuían sentimientos nobles y le encontraron en todos sus negocios particulares siempre puntualísimo y celoso de su honor y de su palabra. Sin embargo, en la persecucion de sus propósitos políticos no respetó Napoleon la moral para adormecer á sus contrarios; hizo uso de la simulacion y de la reserva, y cuando llegó el tiempo de dar el golpe decisivo, se valió del perjurio y de la fuerza bruta. Además de esto tenia Napoleon el don de la paciencia. En presencia de obstáculos serios daba tregua y hasta renunciaba en apariencia á planes decididos desde mucho tiempo, y otras veces se acercaba á su objeto por diferentes caminos, esperando que las circunstancias le indicaran el punto desde el cual habia de emprender el ataque decisivo. No renunciaba nunca al objeto que se habia propuesto. Su logro no era para él sino cuestion de tiempo. Esperaba que las circunstancias le indicasen si debia desde luego proceder á la ejecucion de su plan y dar una nueva embestida descubriendo sus baterías ocultas ó, si era necesario, volverlas á ocultar en otra posicion mejor (2).

Estas cualidades personales hacian de Napoleon un contrario peligroso, y el hecho de no darlas á conocer era ya un primer triunfo muy notable. El que habia de matar la república pasó por ser un ente fantástico y atolondrado, lo cual le despejó el camino. Además se dejó de dar la importancia debida al prestigio que tenían todavía en una gran parte del público el nombre de Napoleon y los recuerdos del gran emperador, lo cual fué mas singular de parte de los republicanos, que algunos dias antes de la revolucion de febrero habian creído que haciendo figurar en la revolucion el nombre de Napoleon, el ejército abandonaría al Orleans. A este fin fué invitado Luis Napoleon á hacer en 24 de febrero una corta visita á Paris; pero como entretanto se habia verificado la revolucion sin haberse movido para nada el bonapartismo, se cayó en el error de creerlo muerto. No era de extrañar este error, porque el mismo Persigny confesó que hasta entonces habia creído que el paso de la monarquía á la forma republicana del porvenir necesitaba un trámite y que un Bonaparte era el instrumento mas propio para acostumbrar al país al gobierno de la libertad universal; pero que despues de los grandes sucesos de febrero habia reconocido su error y se habia hecho republicano leal y franco (3). Estas seguridades consiguieron su objeto en la parte crédula y sin malicia del público; pero el observador atento podia convencerse sin salir de Paris de que los recuerdos napoleónicos eran todavía una potencia. Era de ver cómo las masas se electrizaron el 16 de abril al formarse delante del palacio del ayuntamiento los restos de la guardia imperial antigua con sus grandes gorras de pelo y cuando se oyó otra vez el grito de ¡viva el emperador! Como por encanto salieron mas de seis periódicos bonapartistas y fueron leídos con entusiasmo por la gente sencilla de la clase media. ¡Con qué afán se dirigieron aquellas masas de obreros el 8 de junio á las urnas, que dieron á Luis Napoleon mas de 84,000 votos, casi igual número que el que obtuvo Víctor Hugo, dejando estupefactos á los republicanos, que á lo mas habian pronosticado á Napoleon la mitad de los votos! Al propio tiempo fué elegido en Córcega y en los departamentos del Bajo Charente y del Yonne; porque en provincias y entre la poblacion rural se mantenía mas viva la leyenda napoleónica que en la ca-

(1) Tambien el duque Ernesto de Coburgo admite en sus memorias en globo, salva alguna limitacion parcial, el juicio de un testimonio que no cita y que dijo: Napoleon III no mintió nunca.

(2) Véanse las *Memorias* de Malmesbury.

(3) Véase la *Historia del segundo imperio*, por Taxile Delord.

pital. Por increíble que parezca, hubo personas que creyeron que el emperador no habia muerto y que se le iba á elegir primero diputado y despues presidente de la república (4). La gran masa de campesinos y de los pueblos pequeños no necesitaba hacerse ilusiones tan groseras, porque en estas clases jamás se habia extinguido el culto napoleónico; la gloria de sus grandes hechos de armas se mantenía siempre viva. Al emperador se atribuía el mérito de haber asegurado los beneficios de la gran revolucion, de haber salvado el orden contra la anarquía de los jacobinos y de haber restablecido la religion cristiana (5); y de su sobrino, el heredero de su nombre, se esperaba la continuacion de su obra. Cuanto menor era la confianza que inspiraban al pueblo los Orleans y la marcha turbulenta de Paris, tanto mas prestó oídos á las promesas y halagos bonapartistas, que no tardaron en resonar por todas partes. Posteriormente dijo Napoleon con exactitud que debió la mayor parte de los votos á su nombre. Con mucha habilidad supo sacar ventaja del nombre, sin dar motivo para que se le acusase de pretensiones dinásticas, y con mucho empeño repitieron sus partidarios la solemne protesta que habia publicado desde su cárcel de Ham de que nunca habia creído que la Francia estuviera destinada á ser la herencia de un hombre ó de una familia, y creeria faltar á su familia, á su carácter y hasta al sano criterio si no reconociese la soberanía del pueblo como base de toda organizacion política.

Este principio democrático bien marcado y la decisiva importancia que Napoleon dió al sufragio universal, eran una arma contra la cual los partidos monárquicos se servian en vano del escudo del régimen parlamentario y los republicanos de la letra muerta de una constitucion que limitaba la voluntad nacional. El parlamentarismo se habia hecho en realidad imposible en medio de los enredos de los partidos, pues ni los legitimistas y orleanistas unidos llegaron á constituir la mayoría del cuerpo legislativo tal como habia salido de las elecciones de mayo de 1849, ni tampoco formaban mayoría los republicanos de todos los matices reunidos, ni los partidarios de la república personal del presidente. Fué menester una coalicion para formar un ministerio que pudiera sostenerse en la cámara; mas esta coalicion debia comprender indispensablemente á los bonapartistas propiamente dichos, cuyo objeto inmediato era preparar la reeleccion del presidente despues de haber cumplido los cuatro años de su gobierno. Por lo demás, tan pronto como insistieran en hacer los preparativos legales para este objeto, era inevitable la ruptura entre ellos y los antiguos partidos monárquicos. El presidente no se apresuró á precipitar el momento oportuno, y durante dos años supo mantenerse en contacto con los jefes de los orleanistas y legitimistas, durante cuyo tiempo procuró colocar á la cabeza de los diferentes ramos administrativos á cuantos individuos le eran adictos á toda prueba; y aunque entre ellos hubo algunos dudosos, resultó que tenia á su disposicion un número muy considerable de capacitades. Entre las ventajas que ofrecian estas personas en el concepto del presidente, no fué la menor la de servir para adoptar disposiciones que Napoleon mismo tuvo despues que criticar y anular sin que esto disminuyera la sumision de tales servidores.

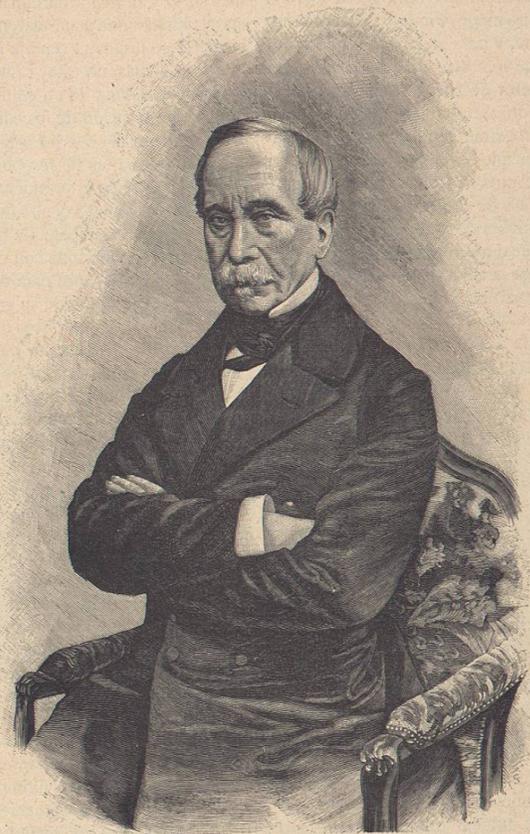
El paso mas grave que dió en este sentido fué la limitacion del sufragio universal, que á instancias de los partidos monárquicos fué efectuada por la ley del 31 de mayo de 1850,

(4) Cassagnac: *Souvenirs*, tomo I, pág. 39; Blanchard Jerrold: *Vida de Napoleon III*, Londres, 1874-1882, tomo IV, pág. 30; Teodoro Martin: *Vida de S. A. R. el príncipe consorte*, Londres, 1875-1880, tomo III, pág. 116.

(5) Cassagnac, pág. 14.

ley que de un golpe quitó el derecho de electores á tres millones de habitantes, exigiendo tres años de domicilio en la poblacion donde habian de votar. Los monárquicos se lisonjearon de haber inferido un golpe terrible no solamente á los republicanos y socialistas sino tambien al bonapartismo; pero olvidaron que el presidente podia á cada instante restablecer el sufragio universal y servirse de él como medio poderoso de agitacion y como puente para aliarse con la izquierda. Les halagaba cada vez mas la esperanza de elevar á

la presidencia, en las elecciones de 1852, al general Changarnier, y de que les ayudara á restaurar la dignidad real; pero en sus ilusiones no se cuidaban de la opinion que prevalecia en provincias, y como dice con razon un escritor bonapartista (1), su vista no alcanzaba mas allá del horizonte de Paris. A ninguno de ellos ocurría estudiar la gran corriente política en las provincias; y mientras sus periódicos entretenían á sus lectores con noticias de Lahore y Tombuctú, eran para ellos un libro cerrado con siete sellos los deseos y esperanzas de



El general Changarnier (según fotografía)

las poblaciones en las Ardenas y en los Pirineos. Entretanto, Luis Napoleon trabajaba sin descanso para ganarse las simpatías de estas masas y acostumbrarlas á la idea de que la representacion nacional era en su division un obstáculo que impedia la realizacion de todas las buenas medidas, y de que él solo era la única garantía de un porvenir mejor. En las excursiones veraniegas que emprendió cada año, siempre en distintas direcciones, supo preparar los ánimos con el mas exquisito talento para el día en que hubiera que elegir entre la letra de la constitucion que se oponía á la reeleccion del presidente y el peligro de nuevas conmociones políticas. Prometió acatar la decision del pueblo, pero aseguró que la Francia en sus manos no se hundiría; se lamentó de no tener el poder de su tío, añadiendo con modestia que tampoco tenia su talento, para prestar al país todos los servicios que deseaba prestarle, haciendo notar de paso que la asamblea

apoyaba todas las medidas de rigor, mientras que por otro lado anulaba sus planes benéficos. En una palabra, mientras sus contrarios malgastaban sus fuerzas en intrigas parlamentarias y esperaban la salvacion de resoluciones de mayoría obtenidas con grandísimo trabajo, Napoleon dirigía la gran corriente de la opinion pública cada vez mas por la ancha vía que habia de llevarle á su objeto, convencido de que esta corriente derribaría todos los diques constitucionales que pudieran oponerse á su curso.

Los republicanos procedieron con la misma falta de criterio político que los partidos monárquicos. La única política natural y digna para ellos era hacer frente al presidente en el mismo terreno que éste habia elegido para sí, es decir, valiéndose del sufragio universal y aplicando todas sus fuerzas

(1) Cassagnac, págs. 28 y 36.

á impedir la reeleccion presidencial. Apenas habia duda de que habrian quedado derrotados; pero esta derrota habria sido honrosa, habria mantenido enhiesta su bandera y salvado su porvenir. En lugar de esto, se asieron al artículo 111 de la Constitucion de 1848, segun el cual, para obtener la revision de la constitucion era necesario reunir las tres cuartas partes de los votos. Con su voto hicieron imposible los republicanos la reunion de esta mayoría, no obstante haber solicitado esta revision algunos millones de electores, ardiendo todo el país en deseos de abrirse por este medio legal el camino que le habia cerrado la ley y estando decidido á abrirse este camino á la fuerza si no podia de otro modo. Produjo una impresion humillante y desmoralizadora, y para el partido republicano hasta mortífera, el hecho de que este partido, siendo una minoría, se sirviera de la letra de la ley para contrariar la voluntad de la potente mayoría; renegara de la soberanía nacional, base primera del programa republicano, y no solamente abandonara este principio, sino que temiera, segun temia por lo visto, el fallo del pueblo. Cuando pocas semanas despues los consejos generales de todos los departamentos menos seis, renovaron la peticion de la revision constitucional, quedó el partido republicano expuesto á la pública vergüenza y como esperando su sentencia de muerte; porque habiendo apelado bajo la monarquía al derecho de la revolucion diciendo entonces que el gobierno se oponia á la voluntad del pueblo, no podia á la sazón, cuando contrariaba la misma voluntad general, negar la justicia de la revolucion. ¿Podian los jefes de partido y los oradores de los clubs excitar al pueblo á sublevarse contra el gobierno, y negar al presidente elegido por cinco millones y medio de electores el derecho de excitar á estos millones de electores al aniquilamiento de la pretenciosa minoría republicana?

No puede negarse, por mucho que se lamenta, que Luis Napoleon tenia en el terreno revolucionario el mismo derecho para dar su golpe de Estado que habian tenido los hombres del mes de febrero de 1848 para derribar el trono de Luis Felipe. Claro está que Luis Napoleon hubiera preferido conseguir su objeto por la via legal, pues con este fin se habia iniciado el movimiento de revision; pero este camino habia quedado definitivamente cerrado, y en tal situacion, el presidente habria tenido que renunciar á todos sus ambiciosos proyectos personales y declarar magnánimamente que no aceptaria su reeleccion en caso de verificarse ilegalmente. Habria podido recomendar al pueblo otro candidato en su lugar y apoyarle con toda su grande influencia; pero no hay que decir que semejante renuncia no le habria ocurrido al príncipe Napoleon aunque le hubiera prometido este acto un resultado feliz, pacífico y conforme á sus deseos. Hubo mas; el príncipe no pudo tener ni la esperanza de semejante resultado feliz, porque el candidato que hubiese podido reunir mayoría de votos, con ó sin la recomendacion de Luis Napoleon, no existia. De la lucha embrollada á que habria dado lugar la eleccion, hubiera salido inevitablemente una guerra civil sangrienta, en la cual en el mejor caso pudiera haberse conquistado la autoridad suprema algun general enérgico; pero nadie hubiera podido calcular el fin de todo este embrollo, siéndole únicamente seguro para todo el mundo que el país hubiera pasado por una conmocion formidable, que su prosperidad habria sufrido una gran caida y que se habria derramado muchísima sangre. En esta situacion podia calificarse de un deber patriótico que el hombre que contaba con el ejército y con la confianza de la gran mayoría de la nacion y tenia en sus manos las riendas del gobierno, se pusiera á la cabeza de la revolucion tomando sobre su conciencia el perjurio y el quebrantamiento de la constitucion, sacrificando la vida de algunos miles de individuos

y enviando al destierro á otros miles de ciudadanos, si con esto conservaba la vida á un número muchísimo mayor y á la Francia la paz y el porvenir. ¿Debia Luis Napoleon en esta situacion aguardar á que el pueblo le reeligiera á despecho de la ley y le excitara con esto expresamente á quebrantar la constitucion? Quizás habria sido esto mas honroso en el concepto de algun moralista; pero esto no habria modificado en nada el fondo de la situacion, y en cambio se habria perdido la posibilidad de reducir la catástrofe por medio de un golpe bien meditado y bien dispuesto al tiempo mas corto y al menor derramamiento de sangre. La prudencia y la humanidad aconsejaron, pues, la rapidez, ya que toda tardanza no prometia ventaja ninguna.

Por lo demás, no estaba Luis Napoleon seguro de no ser, si tardaba, víctima de un golpe brutal de parte de la asamblea. La proposicion de los cuestores de poner á disposicion del presidente del cuerpo legislativo la fuerza armada, y de dar además una ley de responsabilidad segun la cual debia quedar suspendido el presidente de la república al ser acusado; y el proyecto nada oculto de los monárquicos de nombrar á Changarnier presidente de la asamblea y darle el mando de la fuerza armada toda con el encargo de restablecer á los Orleans, contribuyeron para determinar á Luis Napoleon á no dilatar la ejecucion de su golpe de Estado, al cual le habian excitado hasta entonces muchas personas, pero que no habia querido efectuar por parecerle prematuro. Desde los primeros dias de noviembre se resolvió, sin embargo, á darlo. Con gran habilidad supo ensanchar el abismo entre los conservadores y los republicanos por medio de un proyecto de ley cuyo objeto era restablecer el sufragio universal. Con este proyecto se atrajo las simpatías de los electores que habian sido eliminados, y al mismo tiempo puso de manifiesto la division é impotencia de la cámara, de la cual, por lo demás, nada bueno podia esperarse cuando por mayoría de un solo voto podia decidir las cuestiones mas importantes. Saint-Arnaud y Magnan respondian del ejército de Paris; en el palacio del Eliseo, habitado por Luis Napoleon, se estaba segurísimo de la opinion pública, y todas las disposiciones estaban cuidadosamente meditadas y preparadas hasta en los pormenores mas pequeños, de suerte que podia darse el golpe con completa seguridad de éxito.

La exposicion de este suceso está fuera del objeto de este libro (1). El 4 de diciembre quedó ahogada la resistencia, relativamente poco importante, en la capital, durando algo mas en provincias; pero el último dia del año se pudo comunicar al presidente solemnemente que 7.439,216 franceses habian aprobado su conducta y solo 640,737 la habian desaprobado. El imperio estaba hecho y solo faltaba el nombre (2).

CAPITULO II

LA FUNDACION DEL IMPERIO

Puede sorprender que Luis Napoleon se detuviera al haber dado su golpe de Estado, aparentando que queria no solamente conservar la república sino robustecerla. En su proclama del 2 de diciembre dijo: «Hoy, cuando los hom-

(1) Véase para esto la *Historia de la Restauracion y Revolucion desde 1815 á 1851*, que forma parte de esta HISTORIA UNIVERSAL. Puede consultarse tambien mi *Historia del tiempo contemporáneo*, desde 1815 hasta 1885, Berlin.

(2) Helie dice en su obra (pág. 1159): «Así empezó el reinado de un príncipe magnánimo que continuó la obra de su tío sin el talento superior de éste, si bien dotado de muchas virtudes; sin la violencia y los arrebatos de Napoleon I, pero teniendo otros vicios.»



Napoleon III, emperador de Francia